ΣΟΦΙΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EMOCIÓN, INTELECTO Y ESPIRITUALIDAD

Conferencia dada el jueves 7 de Julio de 1898 en la Rama «Blavatsky» de Londres

POR ANNIE BESANT

(CONTINUACIÓN)

Veamos, pues, cómo puede distinguirse la emoción, cómo nace y cómo se manifiesta. Aquí podemos utilizar perfecta y enteramente la psicología occidental en el análisis que presenta de las sensaciones y sentimientos. Pertenecen á aquella Mónada ascendente que conocemos como la ola del segundo Logos, que posee la característica organizadora de Âtmâ Buddhi, ascendente en la evolución.

La ascensión del mineral al vegetal principia, como sabemos, por la vivificación de la materia astral, revistiéndose de ésta la Mónada con el objeto de expresar la capacidad de lo que llamamos sensación. A medida que pasa de lo vegetal á lo animal, se ve atraída mucho más esa materia astral bajo el dominio de la Mónada, y es toscamente formada en el cuerpo astral del animal, y en ese grado ó período la característica de la sensación revélase muy marcadamente.

Ahora bien; ¿qué es la sensación? Es la facultad de responder á un estímulo de lo exterior; el responder el organismo á algo que le afecta, la respuesta que le envía la sensibilidad al contacto. Hemos aprendido que

esa facultad de responder á los estímulos externos, reside en la materia astral, no en la física; que el poder de la sensación no reside en el cuerpo físico; que se limita éste á proveer ciertos órganos por medio de los cuales puedan ser transmitidos los estímulos desde el mundo físico y llevados á los verdaderos centros de sensación en el cuerpo astral. Si cualquiera cosa se interpone entre lo astral y lo físico, se interrumpe la sensación; separad lo astral de lo físico, y ya no hay sensación en lo físico. Sabemos que con el uso de varias drogas, cuando esa separación tiene lugar, perdemos todo poder de sensación; la facultad de responder á los estímulos que nos vienen de fuera. El poder de la sensación reside en la materia astral, y como ésta forma una especie de cuerpo astral primitivo, originánse gradualmente centros de sensación, y el animal siente, responde á los estímulos, y tiene lo que llamamos sensaciones primarias. A medida que va perfeccionándose aquel cuerpo astral, aquellas simples sensaciones se agrupan y convierten en sentimientos de una manera muy parecida á la que describe la psicología occidental, y tenemos entonces más complicados movimientos en el cuerpo astral, efecto de un número de sensaciones primarias, agregando el cuerpo astral á la simple acción de responder al estímulo externo, su propio poder evolucionado por medio de esas repetidas respuestas. Así es que adquiere gradualmente como una especie de aparato ya preparado, aparato compuesto de un número de vibraciones que siempre están dispuestas á entrar en acción como grupo, y á esas vibraciones agregadas podemos, alcanzado ese grado, llamarlas «sentimientos». Pertenecen al cuerpo astral y se presentan como una gran oleada al responder á un estímulo, siendo el impulso en su naturaleza la clase de sensación que dió origen dentro del cuerpo astral — efecto de muchas repeticiones y mucho trabajo del cuerpo astral en la sensación — á aquel sentimiento, que queda entonces constituído en lo que podemos llamar un grupo de vibraciones; no la simple vibración de la respuesta á la que llamamos sensación, sino las vibraciones reunidas, coordinadas y modificadas que actúan juntas como sentimiento.

Luego viene el nuevo cambio que tiene lugar cuando desde el plano mental entra en acción el Manas, después que la tercera onda de vida ha descendido y que Manas entra en actividad; es decir, que la materia manásica queda unida por esa onda descendente y queda formado el cuerpo mental rudimentario. Vemos entonces que principia á vibrar esa materia mental cuando vibra con mucha vehemencia la materia astral, y que cuan-

do aquellos complicados grupos de vibraciones están en actividad en el cuerpo astral, tiene lugar una vibración correspondiente en el creciente cuerpo mental. Aquella vibración presta al sentimiento parte ó algo del carácter mental. Entonces aparece la memoria, y algo de inclinación al raciocinio y discernimiento, y así sucesivamente; de este modo adquiere el sentimiento cierta cualidad intelectual que aumenta sus potencialidades, lo hace más profundo y tiende á hacerlo más permanente, dotándole de un carácter propio más definido.

Esto lo separa aún más distintamente de otros grupos de sentimientos ó vibraciones que á su vez son llamados sentimientos; y esa cualidad mental, que es debida á la inter-acción de la región mental con la astral, nos da lo que definiré por el término emoción. Tenemos, así, ahora, tres clases en vez de las dos que la psicología occidental ve en la emoción como totalidad. Considero la sensación, el sentimiento y la emoción como triada, como tres clases que pueden distinguirse una de otra, siendo las dos primeras, las sensaciones y los sentimientos, realmente kámicos ó astrales; la tercera, la emoción, es kâma-manásica, entrando ambos, el Kâma y el Manas, en ella, y produciendo aquella vibración kâma-manásica.

Empleando una palabra inglesa, llamaremos «emoción» á esta última, teniendo presente que su marca característica es esa parte mental é intelectual agregada á la kámica.

Me serviré de dos ejemplos, logrando de este modo quizá aclarar algo estos distingos teóricos, como podríamos casi llamarlos.

El uno, que caracterizaríais generalmente como el bien, haciendo intervenir la moralidad en la cuestión, y el otro como el mal. Ciertas sensaciones, tanto en el hombre primitivo como en el animal, causan placer, otras dolor. Tomemos el grupo de las sensaciones que producen placer, que se manifiestan, bien sea en el animal ó en el hombre animal, en contacto con otro animal ú hombre animal del sexo opuesto, usando por supuesto la palabra hombre en el doble sentido.

Donde existe diferencia de sexo, el contacto entre uno y otro da lugar, en el grado de desarrollo más primitivo posible, á cierta sensación de atracción mutua, sensación de placer por su naturaleza misma, y que á ambos atrae. Es simplemente la naturaleza de la sensación que en ambos responde al estímulo producido; la acción de los pares opuestos, de los cuales el sexo constituye una manifestación; pares opuestos que encon-

tramos en el universo entero, y que se manifiestan como sexo en el plano físico, y se atraen mutuamente cuando se encuentran bajo dos formas separadas temporalmente. Cada una de éstas obra como estímulo sobre la otra, y tenemos el estímulo originando una sensación; pero es una acción mutua completa, obrando cada una de aquéllas como estímulo sobre la forma opuesta, y experimentando cada cual la sensación correspondiente á aquel estímulo. Sólo tenemos aquí la sensación simple bajo la forma más primitiva.

Más tarde, sin embargo, la actividad del cuerpo astral, la agrupación de muchas sensaciones semejantes, y el hecho de ponerlas en relación, por decirlo así, con seres que poseen las características del sexo opuesto, dan lugar á un sentimiento que podemos considerar como algo más que una mera sensación sexual. Podemos llamarlo pasión, todavía animal, bien sea en el bruto ó en el hombre animal, pero que puede distinguirse de la simple sensación, menos primitiva en su carácter, recibiendo una corriente de fuerza astral y de vida mucho mayor. La conciencia, por lo tanto, que, tenedlo presente, es una unidad que responde á esta agrupación astral más altamente organizada, tendrá vibraciones mucho más complicadas; y á éstas podemos considerarlas como pásión sexual. Viene luego el momento en que principia la inteligencia á obrar en unión con esa pasión, á aportar sus vibraciones más refinadas y sutiles, y tenemos entonces la emoción del amor de carácter kâma-manásico. Más tarde vendrá el reconocimiento del hecho de que otros muchos elementos han de purificar y refinar aquella pasión, y nuevas ideas en relación con ella, se abrirán paso; ideas de sacrificio, de abnegación y protección, de deseo de la felicidad ajena; y entonces, el sentimiento entero se verá enriquecido, purificado y elevado por ese influjo de la inteligencia obrando en el cuerpo mental. Tenemos, pues, tres períodos: la sensación, que es la mera respuesta al estímulo del sexo opuesto; la pasión, que es el sentimiento más complicado, y en el que entran muchísimas más vibraciones en los cuerpos astrales; y la emoción, el amor, de carácter mucho más elevado y encerrando en sí mismo posibilidades muy superiores. A estas últimas, hablando de una manera general, podemos clasificarlas entre las buenas.

Si estudiamos luego la cuestión bajo el aspecto que consideramos como el mal, podemos dividirla también en tres períodos ó grados en relación con el dolor. El dolor es causado por el hecho de encontrarse dos

fuerzas antagónicas, cuando el encuentro de éstas da lugar — por ejemplo á causa de un golpe infligido — á una sensacion de dolor, respuesta del cuerpo astral desagradable, discordante y penosa. Esto, como simple sensación, no sería otra cosa sino el dolor. Pero estando relacionado con aquel que infirió el dolor, transfórmase gradualmente en lo que podemos llamar la pasión del resentimiento, y el cuerpo astral siente el impulso de devolver el dolor que ha sufrido; y mirada esa pasión del resentimiento bajo el simple aspecto de los pares opuestos, es la correlativa correspondiente de la pasión de la atracción en la otra parte. Llegando después al instante en que principia la inteligencia á entrar en relación con ese sentimiento ó pasión del resentimiento, aparece el odio, el opuesto exacto del amor, la repulsión en vez de la atracción, perteneciente también á la región Kâma-mânásica. El odio es una emoción y no una simple sensación; posee esa cualidad intelectual que la ha hecho más profunda, la ha desarrollado y afinado, resultando de naturaleza más sutil capaz de originar otras vibraciones de carácter en exceso destructivo, del mismo modo que las producidas por la emoción del amor son constructoras por su naturaleza.

Nos encontramos aquí ante uno de aquellos grandes pares opuestos que obran sin cesar á través del universo entero.

Estos dos ejemplos os ayudarán, quizá, á comprender de un modo algo concreto mi pensamiento: lo que entiendo por aquellas tres clases de sensaciones, pasiones y emociones ó sensaciones, sentimientos (si preferís emplear esta palabra en vez de pasiones) y emociones. En cuanto á la mayor ó menor exactitud de mi modo de definir aquellos ejemplos, es asunto que puede discutirse.

Viniendo ahora al análisis de la acción de la conciencia sobre el plano intelectual ó plano mental, veremos que actúa de un modo enteramente distinto; que existen ciertas grandes líneas divisorias que separan sus experiencias manásicas de sus experiencias kámicas.

Si consideráis ante todo las experiencias Kámicas de una manera general, observaréis que participan todas de la naturaleza de la expansión externa que todas tienden á buscar, que jamás se satisfacen con una expresión que esté contenida en lo interior de la conciencia — lo cual es un sentimiento — sino que siempre se esfuerza la conciencia en alcanzar exteriormente algo que considera como externo á si misma. Esta es la característica general de la totalidad de aquellas experiencias. Ya se trate

de la sensación, de la pasión, ó de la emoción, todas están marcadas con el mismo sello, esto es, todas forman parte de la energía externa de Âtmâ; se lanzan fuera para buscar la expresión y satisfacción en el mundo fenomenal; no pueden satisfacerse solas. En efecto; si reflexionamos un momento, no podemos imaginar á alguna de estas cosas existente por sí sola; si pudiésemos figurarnos á una persona perfectamente aislada en el universo, esa expansión externa de la energía se detendría; no podría manifestarse si no estuviese en relación con otra persona. Esta es la gran señal de la acción sobre el plano Kámico, la cual reviste una enorme importancia para aquel que desee comprender algunos de los problemas á que he aludido al principio de esta conferencia.

Mas ahora, al tratar del plano mental, quedamos sorprendidos ante la inmensa diferencia que presenta: la de contenerse á sí mismo. Cuando principia la conciencia á obrar bajo su aspecto intelectual, y á trabajar con materia manásica pura, no turbada por aquellas vibraciones astrales, abandonando por completo lo kâma-mânásico, entra en sí misma, se concentra, se esfuerza en aislarse del mundo externo, y mira todo lo de afuera como influencia perturbadora que le impide la propia concentración y el ejercicio de sus facultades en el sentido natural. Así es que lo primero que hace la conciencia cuando principia á obrar sobre el plano mental, es concentrarse en sí misma, llevando consigo aquello con que ha entrado en contacto sobre el plano astral. No puede reunir ideas mientras no saque del cuerpo astral un gran número de aquellas emociones que nacen de los sentimientos y tentaciones propias del plano astral, que se han desarrollado en el cuerpo astral y han sido transmitidos por éste, para la actividad inmediata, al plano mental. Todas las grandes ideas con las cuales va á trabajar aquella conciencia, emanarán de las sensaciones que hayan sido obtenidas por el hecho de entrar el cuerpo astral en contacto con el universo externo. También aquí está en lo cierto la psicología occidental, como lo está siempre en sus primeros análisis, pero cayendo en el error desde que entra á tratar de fases más profundas de la conciencia.

(Se continuará).



EL PERÚ ANTIGUO

(CONTINUACIÓN)

Se ve por esto que nos encontramos ante un sistema que, por todos conceptos, estaba fundado en la antítesis misma de todas las ideas que se han apropiado el nombre de progreso moderno. El factor que hacía que semejante gobierno, de ese modo basado, fuera posible y práctico, era la existencia de una opinión pública ilustrada en todas las clases de la sociedad, opinión tan fuerte y definida, tan profundamente grabada, que hacía prácticamente imposible que cualquier hombre faltase á sus deberes para con el Estado. Cualquiera que tal hubiese hecho, hubiera sido considerado como un ser salvaje, indigno del alto privilegio de ciudadanía en este gran imperio de «Los Hijos del Sol», como se llamaban estos peruanos primitivos; se le hubiera mirado con el mismo horror y compasión que un excomulgado en la Europa medioeval.

De este estado de cosas — tan distanciado de todo lo que hoy existe que apenas nos es concebible — surgía otro hecho casi tan difícil de comprender. Prácticamente no existían leyes en el Perú antiguo, y por tanto, ninguna prisión; verdaderamente nuestro sistema de castigos y penas hubiera parecido absolutamente fuera de razón á la nación de que estamos hablando. La vida de ciudadano del imperio era á sus ojos la única vida digna posible, pero estaba perfectamente entendido que toda persona ocupaba su sitio en la comunidad, sólo con la condición de que cumpliese sus deberes para con la misma. Si algún hombre faltaba de algún modo á aquéllos (ocurrencia casi sin antecedentes), exigíase una explicación por el funcionario encargado del distrito, y si del examen resultaba digno de censura, era reprendido por este funcionario. Pero todo lo que fuera falta continuada á su deber, era clasificado entre las culpas más graves, tales como asesinato y robo, y para todas éstas no había más que un castigo: el destierro.

La teoría en que se basaba este orden era sumamente sencilla. El peruano entendía que el hombre civilizado se diferenciaba del salvaje, prin-

cipalmente en que comprendía y cumplía inteligentemente sus deberes para con el Estado de que formaba parte; si un hombre *no* cumplía estos deberes, se convertía, por ello, en un peligro para el Estado; se mostraba indigno de participar de sus beneficios, y por consiguiente, era expulsado del mismo y lanzado á vivir entre las tribus bárbaras de las fronteras del imperio. Verdaderamente, era quizá una característica de la actitud de los peruanos en este punto, que la palabra misma con que se designaba á estas tribus en su lengua significaba, traducida literalmente, «los sin ley.»

Muy rara vez, sin embargo, era necesario recurrir á esta medida extrema del destierro; en la mayor parte de los casos los funcionarios eran reverenciados y queridos, y una mera indicación de uno de ellos, era más que suficiente para hacer volver á cualquier espíritu rebelde al camino del orden. Ni aun los pocos que eran desterrados lo eran irrevocablemente; después de cierto tiempo se les permitía volver, bajo prueba, á su sitio entre los hombres civilizados, entrando nuevamente en el goce de las ventajas del ciudadano tan pronto se mostraba digno de ello.

Entre sus múltiples cargos, los funcionarios (ó «padres» como se les llamaba) tenían el de juez, aunque como realmente no existían leyes, en nuestro sentido de la palabra, que aplicar, se aproximaban más á lo que llamamos árbitros. Todas las cuestiones que surgían les eran sometidas, y en este caso, como en todos los demás, cualquiera que no se sintiera satisfecho de una decisión, podía apelar al funcionario superior inmediato, de suerte que estaba dentro de los límites de lo posible el que una cuestión dificultosa llegase hasta las mismas gradas del trono.

Según parece, las autoridades superiores hacían lo posible para ser fácilmente asequibles á todos, y una parte del plan determinado con este fin, consistía en un hábil sistema de visitas. Una vez cada siete años, el mismo Rey daba una vuelta por su imperio, y del mismo modo el gobernador de una provincia tenía que viajar por ella todos los años, al paso que sus subordinados tenían, á sus vez, que ver con sus propios ojos que todo iba bien entre los que se hallaban bajo su cargo, proporcionando toda clase de medios para que los que quisieran pudieran consultarles ó acudir á ellos. Estos viajes reales y oficiales parece que se verificaban con gran aparato, y daban siempre lugar á las mayores fiestas entre la gente.

El sistema de gobierno se parecía, por lo menos, al de nuestros días, en que se llevaba una estadística muy cuidadosa y completa, catalogándose con exactitud escrupulosa los nacimientos, muertes y matrimonios,

y haciéndose recopilaciones exactamente como en el sistema moderno. Cada «Centurión» llevaba un registro detallado de los nombres de todos los que se hallaban bajo su cargo, así como también otro pequeño curioso registro para cada uno, en el que se anotaban los principales sucesos de su vida, á medida que tenían lugar. A su superior jerárquico no le presentaba nombres sino números — tantos enfermos, tantos sanos, tantos nacimientos, tantas muertes, etc. — y estas pequeñas relaciones convergían gradualmente, sumándose á medida que subían en la escala de la jerarquía oficial, hasta que llegaba al mismo monarca, periódicamente, un extracto de todo ello, teniendo así siempre al alcance de su mano una especie de censo perpetuo de su imperio.

Otro punto de semejanza entre este antiguo sistema y el nuestro, era el excesivo cuidado conque se inspeccionaba la tierra, se subdividía, y sobre todo, se *analizaba*, siendo el objeto principal de esta investigación, descubrir la composición exacta de la tierra en cada punto del país, á fin de que se le aplicase la clase apropiada de cultivo para obtener el mejor partido posible por regla general. En verdad, puede decirse que se daba más importancia al estudio de lo que ahora llamaríamos agricultura científica, que á cualquier otro ramo.

Esto nos lleva directamente á la consideración de la quizá más notable de todas las instituciones de esta antigua raza: su sistema terrateniente. Tan apropiado era al país este sistema único, que la raza mucho más inferior que miles de años más tarde conquistó y esclavizó á los degenerados descendientes de los antiguos peruanos, trató de continuarlo lo mejor que pudo, causando la admiración de los invasores españoles, los restos que encontraron en práctica á su llegada. Dudo mucho que semejante esquema pudiera plantearse con éxito en países menos fértiles y más densamente poblados; pero en todo caso, parece que daba superiores resultados en el tiempo y lugar en que lo hemos encontrado en práctica. Este sistema es el que trataré ahora de explicar; pero en gracia de la claridad, me ocuparé primeramente tan sólo de sus líneas generales, dejando muchos puntos de vital interés para tratarlos bajo otros títulos.

Cada ciudad ó aldea, pues, tenía asignada para su cultivo cierta extensión de tierra laborable alrededor de la misma, extensión estrictamente proporcionada al número de sus habitantes. Entre estos habitantes existían en todos los casos un gran número de trabajadores destinados á labrar esta tierra, lo que pudiéramos llamar una clase trabajadora, no

porque todos los demás no trabajasen también, sino porque éstos eran escogidos para esta clase especial de trabajo; bastará, por lo pronto, decir que todos sus individuos eran hombres en la flor de la vida y de la fuerza, entre los veinte y los cuarenta y cinco años de edad, y que entre sus filas no se veía ningún viejo ni niño, ni personas enfermas ni débiles.

La tierra que se asignaba para el cultivo á cualquiera aldea dada, se dividía primeramente en dos mitades, que llamaremos tierra privada y tierra pública. Ambas mitades debían ser cultivadas por los trabajadores: la tierra privada para su propio beneficio y sostén, y la tierra pública para el bien de la comunidad. Esto es, que el cultivo de la tierra pública puede considerarse como reemplazando el pago de los tributos de nuestro estado moderno. Naturalmente, desde el primer momento se le ocurrirá al lector la idea que un tributo equivalente á la mitad de la renta de un hombre, ó lo que absorbe la mitad del tiempo y de la energía que emplea (lo cual en este caso es lo mismo), es por demás pesado é inicuo. Espere el lector hasta que sepa lo que se hacía con el producto de este impuesto, y qué parte representaba en la vida nacional, antes de condenarlo como una imposición opresiva. También es de saberse que el resultado práctico de la regla no era, en modo alguno, pesado; el cultivo, tanto de la tierra pública como de la privada, significaba un trabajo mucho menos duro que el que cae en suerte á los agricultores en Inglaterra; pues si bien por dos veces al año tenían algunas semanas que trabajar desde la mañana hasta la noche, había largos intervalos en que todo lo que era necesario podía hacerse fácilmente en dos horas de trabajo al día.

La tierra privada, de que trataremos primeramente, se dividía entre los habitantes con la más escrupulosa justicia. Cada año, después de haber sido recogida la cosecha, se le daba á cada adulto cierta extensión definida de tierra, ya fuere hombre ó mujer, aunque todo el cultivo era hecho por los hombres. Así, un hombre casado, sin hijos, tenía doble cantidad que un soltero; un viudo, que tuviese, digamos, dos hijas adultas solteras, tenía tres veces lo que un hombre sólo; pero cuando una de estas hijas se casaba, su parte iba con ella, esto es, pasaba del padre al marido. Por cada hijo nacido al matrimonio se le hacía una pequeña asignación adicional, aumentando la cantidad á medida que los hijos crecían, siendo, por supuesto, el objeto, el que cada familia tuviese siempre lo necesario para su sostenimiento.

Un hombre podía hacer absolutamente lo que quisiere con su tierra,

excepto dejarla sin cultivo. Tenía que hacerla producir una cosecha cualquiera, pero siempre que sacara con qué vivir lo demás era cuestión suya. Al mismo tiempo tenía siempre á su disposición los mejores consejos de los peritos, sólo con el trabajo de pedirlos; de suerte, que no podía alegar ignorancia si su elección no daba buen resultado. Un hombre que no perteneciese á la «clase trabajadora» técnica, ó sea un hombre que se ganase la vida de otro modo, podía, bien cultivar su lote en sus horas de asueto, ó emplear un individuo de aquella clase para que lo hiciera por él además de lo suyo; pero en este último caso el producto de la tierra no pertenecía al asignatario original, sino al hombre que había hecho el trabajo. El hecho de que de este modo un labrador podía ejecutar, y lo hacía con frecuencia, el trabajo de dos hombres, es otra prueba de que la cuantía de trabajo fijada era, en realidad, una tarea sumamente ligera.

Pláceenos poder anotar que en este punto del trabajo de la tierra siempre parece que existía un sentimiento grande de armonía y de mutua ayuda. Un hombre que tuviera muchos hijos, y por tanto, una extensión extraordinaria de terreno, podía contar siempre con la voluntaria asistencia de sus vecinos, tan pronto como habían concluído sus propios trabajos más ligeros; y á cualquiera que por alguna razón necesitase de un día de asueto, nunca le faltaba un amigo que ocupara su lugar durante su ausencia. La cuestión de los casos de enfermedad, no se toca ahora por las razones que pronto se verán.

En cuanto á la colocación del producto nunca había dificultades. La mayor parte elegía cosechar granos, legumbres ó frutas que destinaban á su propio uso, y el sobrante lo vendían ó cambiaban por vestidos ú otros artículos; y en último caso el gobierno estaba siempre dispuesto á comprar cualquier cantidad de grano que se le ofreciese, á un precio fijo, una insignificancia menos que el precio del mercado, á fin de almacenarlo en los enormes graneros que invariablemente se conservaban llenos para los casos de hambre ó de necesidad imprevista.

Pero consideremos ahora lo que se hacía con el producto de la otra mitad del terreno cultivado que hemos llamado la tierra pública. Esta tierra pública se dividía á su vez en dos partes iguales (cada una de las cuales representaba, por lo tanto, una cuarta parte de todo el terreno laborable del país); una de ellas se llamaba la tierra del Rey, y la otra la tierra del Sol. Y la ley era que la tierra del Sol se labrase la primera, antes de que ningún hombre tocase un terrón en su tierra privada; una vez

hecho esto, cada cual debía proceder á cultivar su propio lote, y sólo después que todo este trabajo estaba terminado, era cuando debía cumplir su obligación de labrar la tierra del Rey; de suerte que si algún mal tiempo inesperado retrasaba la cosecha, la pérdida recayese en primer término sobre el Rey, y que sólo en un tiempo muy malo pudiese afectar algo la porción privada de la gente, al paso que la del Sol estaba garantizada casi contra toda posible contingencia, á menos que se tratase de una absoluta destrucción de la cosecha.

Respecto á la cuestión de los riegos (siempre muy importante en un país en donde una gran parte del mismo es tan estéril) se observaba el mismo orden. Hasta que las tierras del Sol no estaban bien regadas, no se dirigía á otra parte una gota del precioso líquido; hasta que el campo privado de cada persona tuviese todo lo que necesitaba, no había agua para las tierras del Rey. La razón de este arreglo será evidente más adelante, cuando comprendamos cómo se empleaba el producto de estas diversas secciones.

Se ve, pues, que una cuarta parte de toda la riqueza del país iba directamente á manos del Rey, pues en el caso del dinero sacado de las industrias manufactureras ó de minas la división era la misma; primero una cuarta parte para el Sol, luego una mitad para el trabajador, y luego la cuarta parte restante para el Rey. ¿Qué hacía el Rey, pues, con esta enorme renta?

Primero; sostenía toda la máquina del Gobierno á que ya se ha hecho referencia. Los sueldos de toda la clase oficial, desde los majestuosos virreyes de las grandes provincias hasta los relativamente humildes «centuriones», eran pagados por el Rey, y no sólo sus sueldos, sino también todos los gastos de sus viajes y visitas.

Segundo; con esta renta se ejecútaban todas las grandes obras públicas del imperio, las meras ruinas de algunas de las cuales nos maravillan todavía ahora, catorce mil años después. Los caminos maravillosos que unían una ciudad á otra y un pueblo á otro en todo el imperio, abiertos en las montañas de granito, que atravesaban con puentes estupendos los precipicios más impracticables; la espléndida serie de acueductos, los cuales por proezas de ingeniería, en modo alguno inferiores á las de nuestros días, podían derramar el flúido dador de vida hasta en los rincones más remotos de un país á menudo estéril: todo esto se pagaba con el producto de las tierras del Rey.

Tercero; construía y tenía siempre repletos una serie de inmensos graneros establecidos á intervalos frecuentes en todo el imperio. Porque algunas veces sucedía el que las lluvias faltasen por completo, y entonces el hambre amenazaba al infeliz labrador; y por eso era la regla que siempre hubiese almacenados dos años de provisiones para la nación entera, una reserva de alimento tal como quizá ninguna otra raza del mundo ha intentado guardar nunca. Sin embargo, por muy colosal que fuera la empresa, era fielmente llevada á cabo á pesar de todas las dificultades; aunque no creo que ni aun el inmenso poder del monarca peruano hubiera podido ejecutarla si no hubiera sido por el método de concentrar los alimentos, que era uno de los descubrimientos de sus químicos, método de que hablaremos después.

Cuarto; sostenía también con su parte su ejército, pues tenía un ejército y muy bien disciplinado, bien que lo utilizaba en muchos otros fines además de el de la guerra, en la que, verdaderamente, poco había que hacer, porque las tribus menos civilizadas que rodeaban su imperio, aprendieron pronto á conocer y respetar su poder. Pero será mejor que no nos detengamos ahora á describir el trabajo especial del ejército, sino más bien que tratemos de concluir nuestro tosco bosquejo de la política de este antiguo Estado, indicando el lugar que en el mismo ocupaba la gran corporación de los sacerdotes del Sol.

La descripción que corresponda hacer de la religión del país, la expondré bajo título aparte; lo que ahora tratamos, no es el aspecto religioso, sino el civil de la obra de la clase sacerdotal; cómo empleaba este cuerpo sus vastas rentas, iguales á las del Rey, cuando éstas alcanzaban su punto más culminante, y mucho más seguras que las de él, porque no disminuían en las épocas de calamidades ó de escasez.

El Rey, verdaderamente, ejecutaba maravillas con su parte de la riqueza del país, pero sus hechos resultaban pálidos cuando se les comparaba con los de los sacerdotes. Primero: sostenían los espléndidos templos del Sol en todo el país, y lo verificaban en una escala tal, que muchos sagrarios de aldea tenían adornos y ornamentos de oro que en la actualidad representarían muchos miles de libras esterlinas, al paso que los grandes templos de las poblaciones mayores, resplandecían con una magnificencia que no ha tenido desde entonces nada que se le parezca en parte alguna del mundo.

(Se continuará). C. W. LEADBEATER.

APOLONIO DE TIANA

Pocos entre los grandes filósofos del mundo antiguo, tienen tanto derecho á la atención de los estudiantes de Teosofía, como el filósofo pitagórico Apolonio de Tiana, de quien han formado una opinión general tan errónea historiadores no teosóficos. El historiador ordinario ha pasatado desdeñosamente por alto los anales de la vida y enseñanzas de Apolonio, tales como son en realidad, por la misma razón que el estudiante de Teosofía les concede la mayor importancia. Las maravillosas narraciones que se han hecho de Apolonio, inspiran al materialista moderno la creencia de que debió ser un impostor que explotaba la credulidad de sus secuaces. Estas mismas narraciones sugieren á las mentes iluminadas con la luz de la ciencia oculta, la idea de que no solamente debió haber sido un poderoso genio intelectual—como lo prueban los simples hechos externos de su vida —sino también un Iniciado de la Gran Fraternidad, uno de los últimos á quienes fué permitido—en razón á que el mundo se hundía gradualmente en el materialismo en que debía sumergirse, para que llegase á su máximum de desarrollo la ciencia física — usar públicamente sus poderes de Adepto, produciendo resultados que la común ignorancia reputaba milagrosos. La aureola de estas proezas ha deslumbrado ó perturbado el juicio de las generaciones posteriores; y el significado de la vida en que ocurrieron, así como el valor intelectual y espiritual de su ejemplo, han pasado totalmente inadvertidos para los directores literarios del pensamiento moderno. Por esta falta de vista casi no se les puede censurar; pues hasta el restablecimiento del ocultismo en los últimos veinte años, ningún estudiante moderno de filosofía era dueño de clave alguna para comprender á Apolonio. Se hallaban intelectualmente obligados á tratar los relatos de sus hechos milagrosos como otras tantas fábulas. Aun cuando el carácter de su enseñanza filosófica hubiese podido llamar su atención, estaban justificados al no prestársela sino á otros anales más completos y claros que nos han sido legados por otros expositores del mismo sistema filosófico. En resumen, estaba reservado á nosotros los teosofistas, entre las generaciones presentes, el comprender el verdadero

valor de la historia grandemente interesante que me propongo examinar.

El punto principal, debo declarar desde luego, que se halla en nuestra comprensión del adeptado. Todos los teosofistas comprenden ahora seguramente, lo que desde el principio del restablecimiento moderno se declaró de modo enfático, á saber: que los poderes aparentemente sobrenaturales asociados con el adeptado, no son sino circunstancias colaterales propias del gran progreso espiritual, y no un objetivo que por sí sólo fuese buscado por las personas que lo obtienen. No por esto es menos cierto que la mayor parte de la humanidad moderna concentra su atención, en primer término, en los relatos referentes al mundo oculto, en el misterioso aspecto de poderes que muestran á las jerarquías de ese mundo en posesión del dominio sobre fuerzas naturales de las que nada conoce aún la civilización corriente. Esta actitud mental, como actitud preliminar, no es en modo alguno censurable. Es perfectamente verdad, como con frecuencia se ha afirmado por los críticos de la literatura teosófica, que ésta apenas contiene un pensamiento puramente filosófico, ó un fragmento de preceptos morales que no se encuentre en otros sistemas religiosos ó filosóficos, si *no* contamos todos esos pensamientos y conceptos de motivo que provienen del ejercicio de facultades y poderes anormales en la investigación de la naturaleza. Nuestra comprensión teosófica de todo el esquema de la evolución humana, depende del ejercicio de estos recursos. Los teosofistas no tendrían mensaje alguno nuevo para el mundo, si no tuviesen otra cosa que confirmar que la hermosura del altruísmo, ó si expusieran la doctrina de la fraternidad humana, relacionándose meramente á los hechos de la vida dentro de nuestra observación física. Nuestro mensaje para el mundo se refiere principalmente á restablecer el conocimiento concerniente á la posibilidad del progreso humano hacia estados de sabiduría, de poder y de utilidad cósmica, superiores á lo que hasta ahora ha figurado dentro del círculo de las aspiraciones humanas. Toda la purificación ó toda la luz que deseamos infundir en las religiones corrientes, tienen por objeto último el mejor esclarecimiento de esta idea. No hay una fase de la vida y del deber diarios á la que esta idea no pueda iluminar de algún modo; y no podrá continuar el progreso general del mundo, hasta que las gentes no hayan comprendido la necedad de suponer que las energías de la naturaleza se mantienen dentro de los límites á que las confinan las creencias civilizadas convencionales que de ellas se tienen. La comprensión del carácter y recursos de la sabiduría del

Adepto, hállase, efectivamente, en la raíz del verdadero progreso espiritual para la mayor parte de los hombres de hoy día. Aquí y acullá la devoción pura puede llevar á algunos á una apreciación intuitiva de la verdad, ó mejor dicho, puede dotar á unos pocos de una fe vasta é indefinida, que les asegura oportunidades, cada vez más provechosas en vidas posteriores, de adquirir un conocimiento más completo; pero para la mayor parte de los pensadores, en esta época del pensar positivo y del progreso constante desde un punto á otro, solamente cuando el Adeptado se haya hecho creíble, es cuando la enseñanza espiritual superior, que proviene del conocimiento del Adepto, adquirirá la debida influencia como factor imperante en la vida del mundo civilizado moderno.

Este breve exordio me ha parecido necesario como introducción al estudio de la vida de Apolonio de Tiana. Que en todo caso se hallaba en el sendero hacia el Adeptado — sin que intentemos determinar su puesto exacto en la gran jerarquía — es un hecho sobre el cual tengo seguridades, así lo creo, completamente ajenas al testimonio de la historia antigua. Una clave de esta naturaleza es una ayuda para desenredar una madeja de pruebas algún tanto enmarañada; pues el testimonio histórico referente á Apolonio, depende principalmente de los diarios de su abnegado partidario Damis; pero no por completo, sin embargo, pues como veremos pronto, fué mencionado — siempre con inmenso respeto — por diversos escritores contemporáneos ó casi contemporáneos, si bien debemos á Damis los detalles de su vida, aventuras y proezas; y como Damis era devoto en absoluto de su amado Maestro, bueno es saber, aparte de su testimonio, que su entusiasmo, por regla general, estaba ampliamente justificado.

Apolonio nació en Tiana, Capadocia (provincia del Asia Menor), hacia el año 1.° de nuestra Era. La fecha ha sido naturalmente sujestiva, y por desgracia para la apreciación correcta de su vida y enseñanzas, algunos escritores han querido representarle como un «Cristo Pagano», según el título de un libro escrito sobre él por el francés A. Réville. Su memoria ha sido así envuelta en el celo iracundo con que los campeones ortodoxos han defendido el carácter único de la encarnación cristiana. El cardenal Newman, en nuestro propio tiempo, ha tomado parte en esto sin cuidarse gran cosa de la cuestión de los hechos. Así dice en una *Vida de Apolonio*, muy poco recomendable como relato imparcial:

La reputación de Apolonio ha sido elevada muy por encima de sus méritos personales por los esfuerzos hechos para presentarle como rival del autor de nuestra religión. Su vida fué escrita con este objeto cosa de un siglo después de su muerte.

Semejante idea no pasó por la mente del escritor de su vida; pero siglos después, es verdad que escritores anticristianos han hecho uso de la historia de Apolonio, publicada un siglo después, para ridiculizar la necia teoría de los escritores cristianos, de que los milagros del Nuevo Testamento eran únicos.

En 1680, un escéptico inglés, Charles Blount, que parece haber sido un volteriano antes de Voltaire, un agresor ingenioso y sarcástico de las creencias establecidas, se tomó el trabajo de traducir los primeros dos libros de la *Vida de Apolonio* de Filostrato, añadiendo notas cuidadosas suyas á cada capítulo. En su prefacio dice:

Ahora bien; en cuanto á mí, estoy tan lejos de compararlo (á Apolonio) con nuestro bendito Salvador, ó de dar crédito á otros nuevos milagros, que lo que le pido á Dios diariamente es que me conceda la fe suficiente para creer los antiguos.

Y con sátira aún más incisiva prosigue un poco más adelante:

En todas ocasiones prenderé mi fe de la manga de mi Señor de Canterbury. Por tanto, si el clero considera que Apolonio fué un bandido y un jugador de manos, que levantándose de entre los muertos es uno de los principales fomentadores de la conspiración papista, ó que nunca ha existido, acepto lo que ellos quieran con todo mi corazón, pues prefiero con mucho que desmerezca él en su reputación á que un grave cardenal, con su larga barba y el *Ha* excomulgador, me haga quemar como hereje.

El libro de Blount, sin embargo, no es tal que valga la pena de que nos ocupemos de él. Ya hemos dejado muy atrás el deseo de empequeñecer los anales cristianos. Nos hemos elevado á una atmósfera mental donde todo el sistema cristiano, al ser interpretado por un pensamiento esclarecido, se fortifica y fortalece por el amplio punto de vista de la evolución espiritual que proporciona el estudio oculto. El fanatismo ignorante de una edad primitiva, representada todavía por las multitudes que nos rodean, indujo á las iglesias ortodoxas á despreciar todos los anales semejantes; pero una apreciación creciente de la idea de que la verdad esencial se ha presentado al mundo en diferentes regiones y en distintas

épocas, bajo sistemas muy diversos de simbolismo religioso, hace al filósofo moderno tolerante hasta con el sacerdote, despojado ya de sus tenazas calentadas al rojo y de los demás medios de tormento, y más aquietado respecto á la hermosa expresión de la verdad que de modo tan duro ha caricaturizado durante muchos siglos.

Antes de seguir comentando, sin embargo, la literatura moderna que se ha aglomerado alrededor de la figura de Apolonio (para hacerla confusa más bien que para esclarecerla), bien podemos revisar el sincero relato de su vida que nos hace Filostrato — el escritor á quien el Cardenal Newman representa absurdamente tratando de subvertir el Cristianismo, antes de que hubiese ningún cristianismo visible que pudiese ser subvertido. Flavio Filostrato fué un escritor prolífico del siglo II, á quien Julia Domna, esposa de Septimio Severo, encomendó la tarea de recoger todos los informes que pudiese obtener sobre Apolonio. Julia era una protectora ardiente de la literatura, y coleccionadora de libros y manuscritos. Adquirió el que, al parecer, era un manuscrito único, el diario de Damis, el fiel y abnegado discípulo de Apolonio. Filostrato se valió de este diario así como de todos los demás escritos referentes á Apolonio que pudo conseguir, y visitó los principales sitios en que aquél vivió y enseñó. Finalmente, escribió una biografía muy completa en un concepto, y muy defiсiente en otro. Nos presenta los hechos externos de su vida en serie bastante bien ordenada, pero refleja la enseñanza filosófica de Apolonio de un modo muy débil y poco satisfactorio. Filostrato es poco culpable de esto último, pues no tenía otros materiales de qué valerse al ocuparse de la enseñanza, que las memorias de Damis. Y Damis, si bien era evidentemente el discípulo más amante y entusiasta, carecía á todas luces de fuerza intelectual. Sus anales de los hechos externos, de la impresión que Apolonio hacía en la gente que trataba, tienen todas las señales de una fiel sinceridad. Sus tentativas para reproducir conversaciones y compendiar los discursos filosóficos pronunciados en innumerables ocasiones por su adorado maestro, son lamentablemente deficientes. Si Apolonio no hubiera tenido que decir más que lo que Damis refiere que dijo, nunca hubiera producido entre sus contemporáneos los profundos efectos que Damis le atribuye. Verdaderamente puede afirmarse de modo terminante, y reconocerse, que si Apolonio no hubiese sido un filósofo mucho más grande que lo que Damis lo representa, nunca hubiera ganado el amor y la reverencia que Damis le tenía.

Mientras tanto, tenemos una clave para apreciar lo que debió haber sido la enseñanza de Apolonio. Era por completo y sin reservas partidario de la escuela de Pitágoras; y con los anales que tenemos de la filosofía pitagórica, podemos, hasta cierto punto, reproducir las lecciones que faltan de su ulterior representante.

Apolonio pertenecía á una familia influyente de Capadocia, y heredó abundante fortuna, la mayor parte de la cual, ciertamente, cedió á sus parientes, pero nunca se halló en circunstancias humildes. Fué educado en Tarsis, y á medida que crecía, se le iban haciendo insoportables las frívolas costumbres de la Sociedad que le rodeaba—«mofadores insolentes», dice Filostrato, «dados á los placeres y apasionados de las vestiduras fastuosas»; — y así, después de algún tiempo, y con el permiso de su padre, se fué á Aegae, donde entró en un templo de Esculapio. Su maestro allí era un filósofo epicúreo; pero á pesar de esto, obedeciendo á un impulso interno, convirtióse aún en esta temprana edad de su vida en un devoto partidario de la doctrina mucho más severa de Pitágoras. Las curas que llevó á efecto en el templo de Esculapio, llamaron la atención universal, y lo que de ellas refiere Filostrato, se asocia con relatos del conocimiento clarividente respecto de sus pacientes que Apolonio exhibía.

La muerte de su padre ocurrió cuando él todavía estaba en el templo. Marchó á Tiana á arreglar sus asuntos, cedió la mayor parte de su herencia á sus parientes, y volvió por algún tiempo al templo. Luego entró en la extraña prueba prescrita por Pitágoras á sus discípulos: los cinco años de silencio.

A. P. SINNET.

(Se continuará).

LOS ANALES ÂKÂSHICOS

Aunque en los círculos teosóficos se sabe lo que se quiere significar cuando hablamos de anales âkâshicos, la palabra es, en verdad, poco apropiada, pues si bien los anales se leen indudablemente en el Âkâsha, sin embargo, no pertenecen realmente á éste. Todavía peor sería el título alternativo «Anales de la luz astral», que se ha empleado algunas veces, porque estos anales se hallan mucho más allá del plano

astral, y todo lo que en éste puede obtenerse, es tan sólo vislumbres interrumpidas de una especie de doble reflexión de los mismos, como pronto explicaremos.

La palabra Âkâsha, como muchos otros de los términos teosóficos, se ha empleado muy libremente. En algunos de nuestros primeros libros era considerada como sinónimo de luz astral, y en otros se usaba para significar cualquier clase de materia invisible, desde Mûlaprakriti hasta el éter físico. En libros posteriores su e npleo se ha limitado á la materia del plano devachánico, y en este sentido es como pudiera hablarse de los anales como âkâshicos, pues aunque originalmente no se construyen allí, como tampoco en el plano astral, es allí, sin embargo, donde primeramente se pone uno en contacto con ellos, y donde es posible hacer estudios provechosos con los mismos.

Este asunto de los anales âkâshicos no es en modo alguno una materia fácil de tratar, pues pertenece á la numerosa clase que requiere, para su perfecta comprensión, facultades de un orden muy superior á todas las que la humanidad ha desarrollado hasta ahora. La solución verdadera de sus problemas se encuentra en planos mucho más lejanos que los que nos es posible conocer hoy, y cualquier concepto que formemos del asunto tiene necesariamente que ser de lo más deficiente, puesto que no podemos considerarlo sino desde abajo en vez de desde arriba. Por tanto, la idea que de ello nos formemos, ha de ser solamente parcial, no obstante lo cual, no nos inducirá á error, á menos que nos permitamos creer que el diminuto fragmento, que es todo lo que podemos percibir, es el todo perfecto. Si ponemos cuidado en que los conceptos que lleguemos á formar sean todo lo exactos que las circunstancias permitan, no tendremos nada que rectificar, si bien mucho que añadir, cuando en el curso de nuestra marcha progresiva, adquiramos gradualmente superior sabiduría. Téngase, pues, bien entendido desde un principio, que una comprensión completa del asunto, es una absoluta imposibilidad en nuestro presente estado de evolución, y que surgirán muchos puntos sobre los cuales no es posible obtener una explicación exacta, aunque sea factible á veces sugerir analogías é indicar las líneas donde puede encontrarse una explicación.

Tratemos, pues, de remontar nuestros pensamientos al principio de este sistema solar á que pertenecemos. Todos estamos familiarizados con la teoría astronómica ordinaria acerca de su origen, la que comunmente

se llama la teoría nebular, según la cual vino primero á la existencia como una gigantesca nebulosa inflamada, de un diámetro que excedía en mucho el de la órbita aún de los planetas más lejanos, y luego, á medida que en el curso de edades sin cuento, esta enorme esfera se enfrió gradualmente y se contrajo, formóse el sistema tal como lo conocemos. La ciencia oculta acepta esta teoría en sus líneas generales, como representación correcta del aspecto puramente físico de la evolución de nuestro sistema, pero añade que si limitamos nuestra atención sólo á este aspecto físico, tendremos una idea muy incompleta é incoherente de lo que realmente tuvo lugar. Principia por el postulado de que el Ser elevado que emprende la formación de un sistema (á quien algunas veces llamamos el Logos del sistema), forma primero en su mente un concepto completo de la totalidad del mismo con todas sus sucesivas cadenas. Por el acto mismo de tal concepción, llama á todo simultáneamente á la existencia objetiva en el plano de su pensamiento (plano por supuesto mucho más elevado que ninguno de los que tenemos conocimiento) desde el cual descienden, en el debido momento, los diversos globos, cualquiera que sea el estado más objetivo que les esté destinado. A ménos que tengamos siempre presente el hecho de la existencia real de todo el sistema, desde el principio mismo, en un plano superior, nunca llegaremos á comprender debidamente la evolución física que vemos actuando aquí abajo.

Pero el ocultismo enseña algo más que esto. Nos dice que no sólo este maravilloso sistema á que pertenecemos es llamado á la existencia por el Logos, tanto en los planos inferiores como en los superiores, sino que su relación con Él es aún más estrecha que esto; pues es absolutamente una parte de Él — una expresión parcial suya en el plano físico — y que el movimiento y la energía de todo el sistema, es *su* energía que actúa dentro de los límites de su aura. Por estupendo que sea este concepto, no debe parecer, sin embargo, increíble á aquellos de nosotros que hayan estudiado algo la cuestión del aura.

Estamos familiarizados con la idea de que, á medida que una persona progresa en el Sendero, su cuerpo causal, que es el límite determinante de su aura, aumenta claramente de tamaño, así como en luminosidad y pureza de color. Muchos de vosotros sabéis por experiencia que el aura de un discípulo que ha adelantado considerablemente en el Sendero, es mucho mayor que la del que acaba de dar el primer paso en el mismo, mientras que, tratándose de un Adepto, el tamaño proporcional es aún

mucho más grande. En descripciones orientales, por completo exotéricas, leemos la inmensa extensión del aura de Buddha; creo que una de ellas le atribuye tres millas como límite, pero cualquiera que sea su amplitud, es evidente que esto es otro dato del hecho del extremadamente rápido crecimiento del cuerpo causal, á medida que el hombre avanza en su camino. No hay duda de que la rapidez de este desarrollo aumenta en progresión geométrica; de suerte que no debe sorprendernos el que se nos diga que hay Adepto de un nivel aún superior, cuya aura es capaz de comprender el mundo entero; y desde esto podemos llevar nuestro pensamiento á concebir que haya un Ser tan elevado, que comprenda dentro de Sí Mismo todo el sistema solar. Y no debemos olvidar que por enorme que esto nos parezca, es como la más diminuta gota de agua en el océano sin límites del espacio.

Así, pues, resulta literalmente verdad lo que antiguamente se decía del Logos — el cual tiene en Sí Mismo todas las capacidades y cualidades que nos sea posible atribuir al Dios más elevado que podamos concebir— que «de Él, por Él y para Él son todas las cosas», y «en Él vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser.»

Ahora bien; si esto es así, claro es que todo lo que sucede en nuestro sistema sucede absolutamente dentro de la conciencia de su Logos, por lo que desde luego se ve que los verdaderos anales deben ser su memoria; además es evidente que cualquiera que sea el plano en que exista tal portentosa memoria, no puede menos de estar inmensamente por encima de todo cuanto conocemos, y por consiguiente, cualesquiera que sean los anales que nosotros podamos leer, deben ser sólo una reflexión de ese gran hecho dominante, proyectado en el medio más denso de los planos inferiores.

En el plano astral es desde luego evidente que suceda así; que allí sólo existe una reflexión de otra reflexión, y sumamente imperfecta, pues los anales que pueden percibirse son muy fragmentarios y á menudo en extremo desnaturalizados. Sabemos cuán universalmente se usa el agua como símbolo de la luz astral, pero en este caso particular es de lo más apropiado. En la superficie del agua tranquila podemos distinguir un reflejo claro de los objetos que la rodean, lo mismo que en un espejo; pero á lo más es una reflexión, esto es, una representación de dos dimensiones de objetos de tres dimensiones, y por tanto, difiriendo en todas sus cualidades, excepto en el color, de lo que representa, y presentándose además

de esto, á la inversa. Pero si la superficie del agua es agitada por el viento ¿qué vemos entonces? Siempre una reflexión, es verdad, pero tan truncada y torcida, que resulta por completo inútil y hasta contraproducente como guía respecto de la forma y verdadera apariencia de los objetos reflejados. Por un momento aquí y acullá puede suceder que obtengamos una reflexión clara de una pequeña parte de la escena, de una hoja de un árbol, por ejemplo; pero se necesitaría mucho trabajo y considerable conocimiento de las leyes naturales, para formar algo que se parezca á un concepto verdadero del objeto reflejado, reuniendo un gran número de tales fragmentos aislados de una imagen del mismo.

Ahora bien; en el plano astral no puede haber nunca nada que se parezca á lo que hemos imaginado como superficie tranquila, sino que por el contrario, la que existe está siempre en rápido y alucinador movimiento; júzguese, pues, cuán poca confianza puede haber de alcanzar una reflexión clara y definida. Por esto, ningún clarividente, poseedor sólo de esta facultad en el plano astral, deberá confiar jamás en la exactitud de cuadro alguno del pasado que se le pueda presentar; acá ó allá una parte de él *puede* ser exacta, pero no tiene medios para saber cuál es. Si está bajo la dirección de un maestro competente, puede, por medio de una educación larga y cuidadosa, aprender á distinguir las impresiones en que deba confiar, y construir con los truncados reflejos una imagen del objeto reflejado; pero ordinariamente, mucho antes de que llegue á dominar tales dificultades, desarrolla la vida devachánica, la cual hace innecesario semejante trabajo.

En el plano devachánico, las condiciones son muy diferentes. Allí los anales son completos y exactos, siendo imposible cometer errores en su lectura. Si tres clarividentes que poseen los poderes del plano devachánico, acuerdan examinar determinado asunto, lo que cada cual vea será absolutamente la misma reflexión, y cada uno obtendrá una impresión correcta de la lectura. No quiere esto decir que cuando después comparen sus notas en el plano físico, concuerden exactamente. Bien sabido es que cuando tres personas presencian un suceso aquí abajo en el plano físico y se proponen anotarlo, sus descripciones difieren considerablemente, porque cada uno habrá observado especialmente aquella parte que más despertaba su interés, la cual pondrá de relieve, como rasgo principal del suceso, llegando hasta á ignorar á veces otros puntos que en realidad eran mucho más importantes.

Ahora bien; en el caso de una observación en el plano devachánico, esta apreciación personal no afectaría de un modo apreciable las impresiones recibidas, porque haciéndose cada uno por completo cargo de todo el asunto, le sería imposible ver sus partes fuera de la proporción debida; pero excepto en el caso de personas cuidadosamente educadas y experimentadas, este factor no entra en juego al transferir las impresiones á los planos inferiores. Está en la naturaleza de las cosas que sea imposible que cualquier relato en el plano físico de una visión ó experiencia devachánica sea completa, puesto que las nueve décimas partes de lo que se ve y se siente allí, no puede ser expresado en modo alguno por palabras físicas; y desde el momento en que toda expresión tiene, por tanto, que ser parcial, es evidente que hay alguna posibilidad de selección en la parte que se exprese. Por esta razón es por lo que en todas nuestras investigaciones teosóficas de los últimos años, se ha puesto tan especial cuidado en comprobar constantemente el testimonio de los clarividentes, de suerte que nada que se funde en la visión de una sola persona, se ha permitido que aparezca en nuestras últimas publicaciones.

Pero aun cuando la posibilidad de error por causa de este factor de la apreciación personal, haya sido reducida al mínimum por medio de un sistema cuidadoso de comprobación, queda todavía la muy seria dificultad, inherente á la operación, de aportar las impresiones de un plano superior á otro inferior. Esto es algún tanto análogo á la dificultad que experimenta un pintor al tratar de reproducir un paisaje de tres dimensiones en una superficie plana, ó sea prácticamente en dos dimensiones. Así como el artista necesita una educación larga y cuidadosa de la mano y el ojo antes de poder producir una representación satisfactoria de la naturaleza, así también el clarividente necesita una educación larga y sostenida antes de poder describir con exactitud en un plano inferior lo que ve en uno superior; al paso que la probabilidad de obtener de una persona inexperta una descripción exacta, es igual que obtener un paisaje perfectamente ejecutado de alguien que no hubiese aprendido nunca á dibujar.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará).

Imp. y Lit. de J. Palacios, Arenal, 27.